CAPÍTULO I

—El aprendiz—

1

Agatha desafiaba al viento como una flecha veloz. Sus crines flameaban y se enredaban con el aire húmedo del lago. El golpe de las pezuñas en la tierra mojada entonaba ese compás único del galope de un caballo, un sonido inspirador y sublime, tanto como la libertad misma.

Eros tomaba las riendas de la yegua con firmeza. Mientras su cuerpo daba brincos sobre la montura, le desbordaba la satisfacción de cabalgar aquel animal.

El sol del mediodía ya se había posado, lo que anunciaba que el entrenamiento con los grandes maestros estaría a punto de comenzar. Sin embargo, apenas minutos atrás, habían partido del faro del sur. El tiempo apremiaba.

A pesar de la demora, Eros decidió hacer una pausa antes de abandonar el camino del lago. Agatha se arrimó a la orilla y bebió agua fresca con intensidad. La yegua pertenecía a una de las razas más valoradas por la realeza por su gran musculatura y pelaje blanco con crin y cola plateadas. Era un espécimen único y bello.

El joven se acercó a ella y le acarició el lomo dándole algunas palmadas. La miraba con devoción, pero con un dejo de melancolía. El día de la gran ceremonia se acercaba y la despedida era inminente.

Durante ese instante, varias imágenes se le vinieron a la mente. Recordó la primera vez que la había montado: era apenas un aprendiz de espadachín con diez kilos menos de masa muscular. En aquel entonces, Agatha había sido relegada de las primeras filas, la yegua tenía diez años y se recuperaba de una grave lesión en una de sus patas. Ya no sería tenida en cuenta para las próximas campañas, y, como otros caballos, fue designada como auxiliar de entrenamiento de reclutas, sólo apta para las prácticas en los campos de aprendizaje.

No era su primer contacto con el animal, pues su padre, un criador de caballos, había vendido a Agatha a un caballero de la nobleza. Eros era apenas un niño, pero como contribuía en las tareas del establo, participó en los cuidados de la potra en sus primeros años de vida. Por lo que al reencontrarse con el animal sintió una unión inmediata. Desde entonces, se encargó de su protección y la yegua lo retribuyó con un alto rendimiento en los entrenamientos.

Dejando de lado aquellas memorias, tomó a su yegua y recuperó la marcha rumbo al castillo. Durante un kilómetro y medio avanzaron sin interrupciones hasta llegar al final del camino del lago, donde se abría una bifurcación. Hacia el sur comenzaba la Ruta Real, la senda con destino al castillo del rey Gregor. Hacia el oeste, el Camino de los Miedos. Ese pasaje hacía tiempo que ya no era transitado ni por el caballero más valiente. Alguna vez, esa vía había conducido hacia las Tierras Altas, pero la ira de los dioses había desatado la peor maldición sobre ese lugar.

Avanzaron por la Ruta Real durante varios minutos, contemplando el paisaje por enésima vez. El camino se encontraba perfectamente llano, ideal para el tránsito de carruajes. A ambos lados resaltaba la belleza de un extenso muro formado por árboles emperatriz, el favorito del rey por sus copas elegantes. Durante la primavera, una hermosa flor brotaba de sus ramas cubriendo de un color morado intenso todo el follaje, el cual iba mutando a un color oxido con el devenir del otoño. Las copas de los árboles se unían en lo alto de manera que no se distinguía donde terminaba una y comenzaba otra, creando una especie de túnel natural formado por la espesa vegetación.

Atravesaron esa bella ruta hasta llegar a las puertas del castillo. Dos torres colosales se desprendían verticalmente como guardianes de roca custodiando la entrada. Un puente de madera conectaba la orilla de la laguna que circundaba el fuerte con la puerta principal, la cual estaba construida con madera de roble y gruesas vigas de hierro. Sobre el frente, se distinguía un enorme escudo con un dragón enroscado sobre una gran espada, el símbolo que representaba al Reinado del Sur.

Cruzaron el puente y, mientras atravesaban la entrada, Eros hizo una reverencia a los guardias que estaban apostados a cada lado del ingreso. Uno de ellos, el caballero Jensen, un viejo amigo de su padre, le hizo un gesto para que se diera prisa. La jornada de entrenamiento ya había comenzado y Eros estaba llegando tarde.

A trote firme, dirigió a la yegua rumbo a la armería, donde desmontó de un salto. El viejo Bjorn tenía todo listo: una añeja armadura de mil batallas, una lanza un poco oxidada y las protecciones para el caballo. Con la mirada, interceptó los ojos de Eros y, con un gesto de fastidió, le entregó el equipo de entrenamiento con cara de pocos amigos, mientras gruñía algunas palabras.

—¡Jóvenes! ¿Quién los entiende? Llegas tarde otra vez —le remarcó bufando por lo bajo.

—Ya lo sé, no volverá a pasar —afirmó el joven al momento que tomaba las armaduras y le guiñaba un ojo.

—Estás a punto de convertirte en un guerrero, no lo estropees —le advirtió mientras se daba la vuelta y continuaba ordenando otros objetos.

Eros volvió a montar a su yegua y se dirigió a ella por lo bajo.

—Somos un equipo —susurró y le dio algunas palmadas en el lomo, solía repetir esa frase cada vez que asumían un compromiso juntos. Luego enfiló con prisas hacia el campo de entrenamiento.

2

Eros tiró de las riendas y mantuvo firme y al frente la lanza. Agatha comenzó a galopar en una explosión de energía, dejando una enrome polvareda a su paso. Con dientes apretados y concentración sólo se enfocó en el objetivo. «Soy un guerrero, soy un guerrero», se repetía el joven.

Cuando el oponente ingresó en la zona de choque, realizó un giro brusco con el arma bloqueando su ataque, y luego impactó la punta de la lanza en la armadura. El movimiento fue preciso: el caballero salió despedido del caballo y rodó por el suelo.

Eros detuvo a la yegua, desmontó y corrió hacia donde había caído su adversario. Preocupado, lo ayudó a quitarse la máscara de hierro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Eros, extendiéndole la mano.

—Sí, no te preocupes —lo tranquilizó Aron, uno de los más jóvenes de los aprendices, mientras se levantaba aún dolorido por la sacudida.

—Perdón, creo que fui muy duro —se excusó Eros. Más allá de las disculpas, sabía que, si su oponente hubiera podido dar ese golpe, sin dudas lo hubiera hecho también. De todos modos, sintió algo de culpa por la caída, había sido muy estrepitosa. Aun así, la maniobra había sido tan limpia y eficaz que despertó la atención de Sigurd, el caballero que estaba a cargo del entrenamiento.

El maestro guerrero se acercó a Eros y lo miró fijamente a los ojos. Su expresión siempre había sido implacable, rara vez se escapaba un gesto de aquel rostro de piedra. Sin embargo, una sutil mueca de aprobación parecía abrir un vestigio de emoción.

—Buen golpe muchacho —dijo. El elogió inesperado le llenó el pecho de orgullo a Eros. Sigurd nunca regalaba halagos, sin dudas estaba impresionado con su rendimiento—. Se nota que trabajaste duro —continuó, mientras apoyaba su mano en uno de los hombros de Eros—. Recuerda que de nada servirá alcanzar un gran nivel si no puedes mantenerlo —le advirtió con severidad para luego continuar, un poco más relajado—. Fuiste el mejor de la unidad de aprendizaje y voy a recompensar tu esfuerzo —dijo e hizo una pausa para generar suspenso, disfrutando del gesto de intriga que se dibujaba en el rostro del joven—. Esta tarde podrás ocupar el puesto de vigía de la Torre del Homenaje.

—¡Será un honor, señor! —respondió, asombrado No esperaba tal recompensa. Aún sin ser oficialmente un guerrero, iba a tener la posibilidad de asumir una responsabilidad propia de la guardia real

—Te lo ganaste —concluyó con simpleza.

Sigurd convocó al resto del grupo. Los jóvenes se fueron acercando de a uno a paso lento. Se mostraban algo extenuados, el entrenamiento había sido muy intenso. Faltaban días para el reto final y los ejercicios eran cada vez más exigentes.

Se reunieron en un círculo, donde Sigurd se situó en el centro y tomó la palabra.

—¡Jóvenes aspirantes, futuros guerreros! —comenzó el discurso mirándolos a la cara. Su mirada penetrante parecía cautivar los ojos de aquellos jóvenes—. Están a punto de tener la oportunidad de sus vidas. Pertenecer a la guardia real es el mayor honor que un hombre puede alcanzar —afirmó alzando la voz—. De ustedes depende convertirse en verdaderos guerreros o deambular por este pueblo como uno más del montón, lamentándose toda su vida por no haber cumplido sus sueños —concluyó categóricamente.

Tomó una medalla que colgaba del pecho de su armadura, donde lucía numerosas condecoraciones que representaban todo tipo de conquistas personales, entre batallas ganadas y grandes ascensos. Sigurd había sido un importante guerrero, uno de los más renombrados por la milicia. Retirado de aquella actividad, se dedicaba a formar futuros soldados transmitiéndoles su experiencia e inculcándoles el orgullo de defender las tierras del Sur.

Pero aquella medalla que sostenía en su mano no era una insignia más, era el distintivo que había ganado al convertirse en guerrero real, cuando era un aprendiz y mantenía las mismas ilusiones que los jóvenes que tenía frente a él.

—Esta medalla es la más importante de todas, si no fuera por esta conquista, ninguna de las demás hubiera sido posible —anunció mientras recorría el círculo exhibiendo el galardón a escasos centímetros de las narices de sus discípulos

—. Ahora deben alcanzarla ustedes, no tienen permitido fallar. Redoblen sus esfuerzos, agudicen sus sentidos y, por sobre todas las cosas, procuren estar a la altura de las circunstancias —concluyó con determinación.

Hizo una pausa y retomó, más tranquilo, pero con firmeza.

—Este fue nuestro último entrenamiento. En el futuro los quiero ver en el campo de batalla, defendiendo este escudo con el alma. ¡Hasta pronto, aspirantes!

—¡Hasta pronto, señor! —exclamaron todos al mismo tiempo.

Sigurd dio por finalizada la jornada, y los reclutas se retiraron del campo de aprendizaje, dirigiéndose de manera relajada a la armería. Por detrás del grupo, avanzaba Aron a paso lento, dolorido y tomándose una de las rodillas. Eros aminoró su marcha para que el joven alcanzara su posición.

—Tuviste una mala caída, ¿cómo está tu pierna? —preguntó, preocupado por su compañero. Aron acumulaba malos rendimientos en las prácticas, y ahora la lesión sumaba un inconveniente más a sus aspiraciones.

—Fue un golpe muy fuerte, creo que me rompí la rodilla. No sé si estaré listo para las pruebas finales —respondió haciendo gestos de dolor.

—Aún faltan algunos días, seguro podrás recuperarte. No te desanimes —alentó a su colega.

—Eso espero, sino mi padre me matará —respondió débilmente, mirando hacia el suelo.

—Lo que importa es tu vocación, tus ganas de convertirte en un guerrero real, no lo que tu padre desee.

—Él pertenece a la nobleza, pero fue un guerrero frustrado. Ahora su sueño es que yo ingrese a la guardia real, ¡no puedo fallarle! —exclamó con culpa.

—Lamento que tengas que cargar con eso —le dijo Eros con sinceridad—. Deberías hacerlo por ti, tu padre debería apoyarte, apruebes o no —dijo, y puso el brazo de su amigo sobre sus hombros para ayudarlo a caminar.

—No es tan simple. De todos modos, gracias, amigo —concluyó, apenado.

Al llegar a la armería, los esperaba el gruñón de Bjorn parado frente a la puerta. Estaba de brazos cruzados, y, como siempre, un poco enfadado.

—Tarde para llegar, tarde para irse —resopló, molesto.

Tomó las armas y las monturas que le entregaron los reclutas y las guardó de manera desprolija. Antes de que se retiraran los jóvenes, se dirigió a Eros.

—Si tu padre estuviera aquí estaría muy orgulloso de ti, muchacho —soltó, mirándolo con intensidad a los ojos unos segundos. Después de todo, detrás de su malhumor, parecía esconder algo de sensibilidad.

—Gracias —respondió el joven, sorprendido. No esperaba el gesto.

—Convertirse en guerrero real es un verdadero reto. Yo no pude lograrlo, nunca fui bueno con la espada, pero me conformo colaborando en la armería —expresó, con nostalgia.

—También es importante lo que tú haces, sin tu ayuda no podríamos entrenar —lanzó Aron, sumándose a la conversación. Bjorn lo miró con suspicacia.

—Eso no es cierto, mi trabajo lo puede hacer cualquier granjero. Pero lo que harán ustedes, sí es importante. En este reino no se valora la función de la guardia real como debería ser —dijo, gruñendo otro poco, y continuó—. Ustedes deberían oír las historias de las antiguas batallas, nuestro pueblo sufrió mucho. Hoy nos faltan recursos y la crisis es dura, pero, al menos, la guardia real tiene controlado los ataques enemigos —explicó, sus palabras estaban cargadas de emoción. Eros y Aron tan sólo se observaron en silencio mientras el viejo retomaba nuevamente, murmurando para sí mismo—. Algún día será todo como antes y volveremos a las Tierras Altas.

—Eso lo escuché muchas veces. No conocemos a nadie del Reinado del Oeste, no sabemos nada de ellos ¿por qué es tan importante? —preguntó Aron. Sin embargo, su atrevimiento fastidió al viejo.

—¿Cómo te atreves a hacer ese comentario? Pronto serás un guerrero, ¿qué tienes en la cabeza? —exclamó, su fastidio convertido en furia, logrando que el joven se quedara callado. Se extendió un silencio incómodo, hasta que Bjorn se tranquilizó un poco—. Ellos son nuestra familia, es parte de nuestra historia, algún día volveremos a ser un sólo reino. Pero mientras exista ese maldito hechizo, lo veo muy difícil.

—¿Te refieres al hechizo del Bosque Encantado? —preguntó Eros.

—¡Exacto! Un territorio dividido por una maldición.

—Existen muchas historias al respecto, ¿cómo sucedió eso realmente? —indagó, interesado.

—Hace cientos de años, la lucha entre el sur y el norte era interminable. La crisis se extendió hasta que despertó la ira de los dioses. El colapso ocurrió en una de las batallas más salvajes. Como tantas otras, desatada en el bosque que nace a los pies del Lago de los Dioses. Ese lugar era el límite entre ambos reinos y, por tanto, el escenario principal de la mayoría de los enfrentamientos.

»Fue entonces cuando los dioses, cansados de tanta sangre derramada, impartieron justicia y lanzaron un maleficio sobre el bosque para dividir el territorio. El encantamiento no sólo dejó la zona plagada de dragones, sino que también la maldijo para que todo hombre que ingresara al bosque se enfrentara a sus propios miedos. Sólo quien pudiera superarlos tendría la posibilidad de escapar del ataque de las bestias al acecho. Pero quien se viera paralizado ante sus miserias, sin dudas, sería presa fácil y devorado por las criaturas. Ese episodio fue recordado como el Día del Juicio —concluyó el viejo con voz imponente. Luego, sin más, se sentó en una silla y simplemente abandonó la charla.

Los jóvenes, aún confundidos por el abrupto final del relato, entendieron que había terminado la conversación, y se marcharon sin hacer comentarios.

Caminaron varios metros alejándose del campo de entrenamiento hasta un punto donde debían continuar en sentidos opuestos. Eros vivía en la granja que había heredado de su padre que se encontraba a las afueras del castillo, en la aldea de criadores de caballos. Mientras que Aron residía en el propio castillo junto a su familia. Su padre, un importante miembro de la nobleza, tenía varios privilegios y les proporcionaba una vida bastante acomodada.

Eros atinó a despedirse de su amigo, pero Aron se anticipó con un comentario inesperado.

—Te vi con la princesa en el Lago de los Dioses —lanzó, como una daga, y Eros se quedó pasmado.

Tardó unos segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, preguntó, nervioso:

—¿Tú y quién más sabe de esto?

—Tranquilo, sólo yo los vi, y no lo hablé con nadie más. ¿Cómo lo lograste?

—¿Lograr qué?

—Vamos, despertar interés en la princesa.

—Sólo somos buenos amigos, no hay nada más —respondió Eros, incómodo—. Nadie se tiene que enterar de esto, ¿puedo confiar en ti?

—Seguro, seré una tumba. Pero aún no me contaste cómo la conociste. Tú no perteneces a la nobleza. Yo la he visto en muchas reuniones y jamás pude hacer más que darle un saludo formal.

—La conocí hace mucho tiempo, es una larga historia —respondió vagamente, sintiéndose acorralado.

—Ella es hermosa, te envidio, amigo. Por favor, cuéntame esa historia —insistió, aguardando con expectativa.

Sabiendo que no tenía escapatoria y que su amigo no cesaría de preguntarle hasta que le diera una explicación, miró hacia todos lados para asegurarse de que no viniera nadie y, con voz baja, comenzó a contarle a toda velocidad.

—Éramos niños de clases diferentes, pero el destino nos cruzó por casualidad. Ella amaba los caballos desde pequeña, y solía acompañar a su tío Niels a recorrer establos en busca de los mejores especímenes para la caballería real. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en los corrales junto a mi padre. Él se había convertido en el principal proveedor de caballos de la realeza.

»Fue así como en los establos, jugando y riendo, surgió una amistad entre nosotros. Elena estaba recluida a vivir entre nobles, casi no tenía trato con pequeños de su edad, conmigo pudo vivir algo diferente, y disfrutar parte de su infancia.

—Pero ya no son niños, y se siguen viendo a escondidas —señaló Aron, disfrutando de la conversación.

—Con el correr del tiempo —continuó Eros, ignorando la interrupción de su amigo—, crecimos y terminamos en caminos diferentes. Yo soñaba con ser un guerrero y estoy entregando mi vida a los entrenamientos. Elena, por su parte, se dedica a cultivar sus aptitudes como princesa. Hace tiempo que el rey desea ver a su hija casada con un buen príncipe, y fortalecer vínculos con otras familias reales. Algo a lo que ella viene resistiéndose, esperando a que llegue el hombre adecuado.

—¿Ese hombre eres tú? —preguntó Aron, con una sonrisa burlona.

—Ya te dije que sólo somos buenos amigos. Además, está mal visto que una princesa tenga contacto con un plebeyo.

»Sin embargo, siempre mantuvimos el cariño que sentíamos cuando éramos niños. Por eso nos encontramos a escondidas en lugares seguros, y el Lago de los Dioses era el sitio perfecto, alejado y discreto. Al menos, lo era hasta ahora —terminó con un gesto risueño, relajándose un poco.

—Es muy peligroso lo que hacen —le recordó Aron, con semblante serio—, si llegaran a verte con ella, no sé qué sucedería—.

—Ya lo sé, pero disfruto mucho su compañía. Nos gusta compartir el atardecer y charlar sobre nuestros mundos, tan diferentes. Aunque cada reunión es una verdadera odisea para los dos. Elena debe tomar caminos alternativos, poco transitados, para mantener resguardada su identidad, lo que implica un riesgo permanente. Y yo me juego el pellejo, creo que terminaría bajo tierra si nos descubren —concluyó, hizo una pausa y retomó mirando al frente, con la vista perdida—. De todos modos, vale la pena correr el riesgo, es mi mejor amiga.

3

Eros se encontraba apostado en una almena del ala norte de la Torre del Homenaje. Aquella estructura formidable sobresalía por su prominente altura. Estaba construida en forma rectangular con las esquinas redondeadas, y se ubicaba en el centro del castillo.

Desde esa posición privilegiada la vista era majestuosa. Era el ocaso de una tarde otoñal y el sol comenzaba a descender lentamente. La ausencia de nubes permitía observar claramente los picos nevados de la cordillera del este, y, más a lo lejos, las aguas calmas del lago de los dioses y la espesa vegetación del Bosque Encantado, delimitando los confines del Reinado del Sur.

Más allá del bello paisaje, los puntos de vigía eran vitales para la defensa del imperio y, desde el torreón, se tenía una visión estratégica del frente del castillo.

Se desempeñaba como centinela por primera vez en su vida y estaba entusiasmado por cumplir con su labor. En los pisos inferiores de la torre se hallaban los aposentos del rey y la cúpula de la nobleza, el gran salón y los almacenes más importantes. Jamás había estado tan cerca de la realeza, a excepción de la princesa, claro. Sentía orgullo de haber llegado tan lejos, y lamentaba que su padre no pudiera estar vivo para presenciarlo.

Mientras reflexionaba en silencio, mantenía la vista al frente, atento, custodiando el territorio y supervisando cualquier movimiento que pudiera resultar sospechoso.

De pronto una voz, cálida e inesperada, se oyó a sus espaldas, sobresaltándolo.

—¿Cómo estás, guerrero? —murmuró una mujer. Eros se volteó y observó a la joven. Se trataba de la princesa Elena, la única hija del rey Gregor.

—¡Hola! No te esperaba aquí. Creo que no es buena idea que nos vean hablando juntos —dijo algo nervioso. Miraba a ambos lados para asegurarse de que nadie los estuviera observando.

—Tranquilo, salvo los centinelas, nadie sube aquí arriba —respondió con seguridad. Hizo una pequeña pausa, pensativa, y añadió—. Bueno, casi nadie, yo lo hago a veces también. Me gusta la vista de esta torre, me encanta mirar al horizonte y pensar, me ayuda a ordenar las ideas —concluyó con una sonrisa.

—No sabía que tenías esa costumbre, nunca me lo habías contado.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, una princesa está llena de enigmas —respondió con una sonrisa socarrona—. En cambio, tú —hizo una pausa y reanudo más incisiva—, lo tienes todo muy definido. Estás a punto de unirte a la guardia real, ¿y después?

—¿Después qué? ¿Cuál es el punto? —preguntó confundido.

—Después de que te envíen a la batalla, ¿qué pasará? Miles de soldados mueren en las campañas. ¿Por qué tú? Tengo miedo de perderte, eres el único amigo verdadero que tengo —concluyó con la voz entrecortada.

—No debes preocuparte, seré un buen guerrero y sabré cuidarme. Sé que es peligroso, pero este es mi destino —dijo con solemnidad, luego retrucó con ironía—. Tú también tienes todo definido, algún día te casaras con un príncipe y eventualmente serás una gran reina, ¿y después?

Elena se quedó callada unos segundos. Las palabras de Eros la ponían incomoda y no quería hablar al respecto.

—Ven, te mostraré algo —le dijo, cambiando de tema, y le hizo un gesto para que la siguiera. Él dudo un instante, era su primer día como centinela y no quería abandonar su puesto. Tras unos segundos de debate interno, decidió acompañar a la princesa de todos modos.

Ambos recorrieron el pasillo del ala norte, hasta llegar a una de las esquinas. Allí, la torre tenía un diseño semicircular y disponía de una garita con forma de bóveda, donde cabían al menos dos personas. La princesa le indicó que se ubicara frente a la ventana, para luego arrimarse a su lado. Aquel punto de vista era completamente diferente al anterior. Se podía contemplar la cordillera este en toda su extensión, de sur a norte, hasta esfumarse en el horizonte. El paisaje era asombroso, Eros nunca había tenido la posibilidad de observar las montañas desde esa posición, la altura de la torre ofrecía una perspectiva singular.

Elena se acercó un poco más, y murmuro por lo bajo.

—Esta es mi vista favorita, ves el pico más alto —pronunció suavemente mientras señalaba hacia las altas cumbres—. A veces imagino que puedo montar un dragón y llegar hasta esa montaña. Un dragón blanco, como el de los cuentos legendarios, y volar sobre la cordillera hasta posarme en aquella cima, la más alta, y desde ahí contemplar todo el territorio de Tibur. Sería grandioso, ¿Qué piensas? —concluyó con la vista perdida entre los cerros.

—Sería increíble pero imposible. No podrías montar un dragón, te destrozaría en mil pedazos —retrucó él, riendo. Elena le dio un pequeño golpe en el hombro, y le sonrió irónicamente.

—Que poco sabes de dragones. El dragón blanco es el único que puede ser domado por el humano, y si lo hubiera, sólo existe uno predestinado por persona. Si encuentras a tu dragón blanco, el vínculo es para toda la vida —argumentó, y volteó su mirada nuevamente hacia las montañas.

—¿Cómo sabes todo eso de los dragones?

—En mis ratos libres, cuando no me encuentro a escondidas contigo —comenzó, y le dedicó una mirada cómplice—, me gusta colarme en la biblioteca de los ancianos sabios.

—Pero está prohibido su ingreso —señaló, extrañado.

—No para todos —lanzó ella con suficiencia.

—Privilegios de princesa —le replicó con ironía.

—No es un privilegio, ni el rey está al tanto, lo conseguí por mérito propio —le dijo, sembrando intriga.

—¿Cómo lo lograste?

— Tal vez te lo cuente en otro momento—le dijo, de manera enigmática.—. Eros, intrigado, se quedó sin palabras—. Encontré libros de todo tipo, pero los que más me gustan son los que tratan sobre dragones. Existen muchos tipos de dragones, ¿lo sabías?

—No lo sabía, lo mío son los caballos —respondió, y rio suavemente. No le interesaban los dragones, pero adoraba oír a su amiga, admiraba la pasión con la que relataba sus historias—. Adelante, cuéntame lo que sabes.

—¡Bien! Primero, tenemos a los dragones verdes, que son criaturas con cuerpo de serpiente. Son muy ligeros, y estrangulan a sus víctimas antes de devorarlas. No querrás toparte con uno de ellos, pues seguro no tendrás escapatoria.

»También están los dragones negros, entre los más temibles, tiene dos o más cabezas. No son muy rápidos pero difíciles de enfrentar en el cuerpo a cuerpo. Son bestias enormes, a diferencia de los dragones grises, que son más pequeños, pero no menos peligrosos. Los dragones grises tienen la piel del color de las rocas y se esconden. Esperan agazapados a sus presas para atacar por sorpresa, son verdaderos depredadores —relató, apasionada, sin dar tregua en sus explicaciones.

»Los más destacados son los dragones rojos y los dragones blancos. Son las criaturas más fuertes, con grandes alas, y capaces de lanzar llamaradas de fuego. Los típicos dragones invocados en las historias antiguas. Ambos son igual de poderosos, pero mientras el dragón rojo representa la parte oscura de la naturaleza, el dragón blanco es la evolución y permite el equilibrio de las fuerzas. Las leyendas dicen que los grandes guerreros arribaron al umbral de los dioses montando un gran dragón blanco.

»Y, por último, los dragones azules, son solitarios, y habitan en los pantanos. No se sabe mucho de ellos, tal vez, sean sólo un mito.

Mientras Elena explicaba sus teorías de dragones, se oyó un sonido brusco, como el de una madera añeja al quebrantarse. Ambos se sobresaltaron, y corrieron hacía la posición del puesto que Eros había abandonado. Al llegar, dos aves de rapiña revoloteaban entre unos viejos tirantes disputándose los restos de un roedor que, por lo visto, habían cazado recientemente. Al final, se trataba de una falsa alarma, pero para Eros, que aún sentía su corazón acelerado, aquello fue como una advertencia.

La princesa notó los nervios del joven, e, instintivamente, lo abrazó para transmitirle tranquilidad. Eros respondió al instante rodeándola a su vez con sus brazos. Ambos quedaron cara a cara, sorprendidos, y casi sin entender la proximidad en la que se encontraban. La mirada fue profunda, y la atracción que sintieron fue tan fuerte como extraña para ellos, pero, inmediatamente, Elena se escabulló del abrazo y tomó algunos centímetros de distancia. Como si nada hubiera ocurrido, desvió la situación completamente.

—Qué suerte que se trataba de aves solamente, no quisiera que te sorprendan fuera de tu puesto de vigía. Nos vemos luego —le dijo al fin, esquivando la mirada del joven. Luego dio media vuelta y enfiló hacia la salida.

—Creo que tienes razón, es mejor que… —murmuró, sin llegar a completar la frase. La princesa ya se había alejado, y sus palabras quedaron flotando en el aire. En ese momento ingresó el caballero Jensen, saludó a la hija del rey con una reverencia y se quedó observando cómo Eros la perseguía con la mirada hasta que su figura desaparecía tras la puerta de salida.

—Terminó tu turno, soy tu reemplazo. ¿Cómo fue tu primer día? —preguntó, tratando de acaparar la atención de Eros, quien aún tenía los ojos clavados en la puerta por la que se había ido la princesa.

—¡Bien! No estuvo mal para ser el primer día —respondió volviendo en sí. Tomó sus cosas y se perfiló para retirarse.

—No busques lo imposible —le dijo Jensen, repentinamente.

—¿Perdón? —preguntó Eros, confundido.

—La princesa —dijo, señalando lo obvio—. No está a tu alcance. No te metas en problemas, lo tuyo es la guardia real, toma el consejo de un viejo guerrero —añadió, tratando de sonar convincente, y se dirigió hacia su puesto.

Eros tan sólo asintió con un gesto.

4

El grupo de reclutas estaba reunido en el campo de entrenamiento, ubicado en las inmediaciones del castillo. El predio simulaba un campo de batalla, compuesto por un pequeño bosque, una laguna con aguas estancadas y una gran explanada de hierba tupida con barricadas para improvisar escenarios de guerra.

Junto a ellos se encontraban el maestro guerrero Sigurd, Bjorn y uno de los ancianos sabios. Pero, esta vez, no era una jornada de aprendizaje, estas finalmente habían culminado. La reunión de ahora se trataba de una charla informal para orientar a los futuros guerreros. Los jóvenes debían enfrentar el reto final y se estaban preparando para el desafío de sus vidas.

El grupo estaba formado en línea, esperando a que Sigurd rompiera el silencio.

—¡Jóvenes aspirantes, futuros guerreros! —exclamó con voz fuerte, dirigiéndose a ellos como siempre lo hacía—. En sus manos tienen una gran responsabilidad. Estamos atravesando tiempos difíciles, y hoy, más que nunca, necesitamos de guerreros valientes que protejan nuestra tierra.

»Ser miembro de la guardia real es el honor más grande que se puede llevar. Nosotros damos la vida para proteger a nuestro pueblo y, cuando triunfamos en la batalla, la gratificación es enorme. Tendrán miedo, dolor y sufrimiento, pero nada opacará la satisfacción de cumplir con nuestro deber.

»Del otro lado nos espera un enemigo despiadado. Un enemigo que está decidido a hacer lo necesario para llevarnos al límite, para destruir nuestro reino, quedarse con nuestros recursos y esclavizar a nuestras familias —hizo una pausa para recobrar algo de aliento, y continuó— ¡Pero no lo permitiremos!

—¡No lo permitiremos! —repitió Sigurd con un grito.

—¡No lo permitiremos! —hicieron eco los jóvenes, con pasión.

—¡Tendrán que pasar por sobre mi cadáver! —exclamó Gisli, tal vez, el aspirante menos prometedor. Su exceso de peso le dificultaba esquivar golpes en las prácticas, pero aún más las burlas de sus compañeros.

—¡Querrás decir tendrán que escalar sobre tu cadáver! —respondió otro de los aspirantes, y varios lanzaron carcajadas.

—¡Silencio! —ordenó Sigurd, la voz hecha un látigo—. Para ello deberán tener éxito en el reto final —continuó con vehemencia. A continuación, señaló a uno de los ancianos sabios más importantes del reinado, quien se encontraba a su lado—. Harald nos acompañará esta tarde, y ustedes tendrán el privilegio de oír en sus propias palabras, el significado de este reto —concluyó, dándole paso al anciano.

—Muchachos —comenzó el anciano, con voz ronca—, llevo años instruyendo reclutas, y en cada ocasión intento transmitirles la importancia de esta última prueba. Estamos hablando del paso previo a ser miembro de la guardia real y convertirse en un verdadero guerrero. Para entender esta responsabilidad, deben tener presente nuestro pasado —anunció, su presencia impartía respeto entre los jóvenes.

»Durante muchos años, nuestros guerreros han protegido el Reinado del Sur de los ataques enemigos. Desde que se quebró el orden en la región, esta tarea ha sido temeraria. Los juglares narran historias sangrientas entre sureños y norteños, donde grandes batallas pusieron en juego el dominio sobre el Lago de los Dioses. Esta rivalidad sólo se puede comprender al remontarse cientos de años atrás, cuando transcurría la Era del Esplendor.

»En aquellos días reinaba la paz en todo el territorio de Tibur. Una bella región comprendida por un extenso valle rodeado por enormes cordones montañosos y un precioso lago, capaz de proveer alimento y agua dulce a todos sus habitantes. Aquí, en el sur, se había establecido un reinado próspero y armónico, con su base situada en nuestro preciado castillo, donde un rey benévolo había implementado un sistema de convivencia basado en la igualdad de oportunidades. Tanto campesinos como nobles disponían de todo lo necesario para vivir y criar a sus hijos dignamente —expresó el anciano, narrando con pasión.

»El imperio se mantuvo en auge por mucho tiempo, y supo expandir su dominio más allá de las orillas del Lago de los Dioses y las Tierras Altas. Incluso allí, en las montañas, una gran fortaleza había sido construida con el fin de gobernar la zona oeste del territorio. Pero, más allá del apogeo, las fisuras no tardaron en emerger cuando varias familias reales se opusieron al régimen vigente. Exigían una distribución de los recursos acorde a la reputación de cada familia y su vinculación con la nobleza. Esta discrepancia provocó varios estallidos sociales en el seno del imperio. Tras años de levantamientos y revueltas, la grieta se tornó irreversible —expresó, dejando fluir sus palabras.

»Finalmente, los habitantes disidentes decidieron renunciar al orden establecido, y partieron hacia el norte, más allá de los límites del reinado del Sur. Al poco tiempo, cimentaron su propio imperio al cual denominaron el Reinado del Norte, donde instalaron sus propias reglas y leyes. El nuevo régimen se desarrolló en base a los ideales que habían motivado el éxodo. Pero no lograban que el sistema funcionase de la manera en que ellos querían. El bienestar de la nobleza dependía de los servicios que ofrecía la plebe, y el bajo margen de pobreza en la región rompía con ese balance. Resultaba imposible alcanzar ese equilibrio, sobre todo porque la vida en el sur ofrecía mejores oportunidades para los más humildes. Ante este escenario, el control del Lago de los Dioses se volvió crucial. Los nobles del norte pensaron que, restringiendo los recursos en el sur, un sector de la población se vería obligado a migrar hacia el norte. Desde entonces, la obsesión por el control de los recursos desató una guerra interminable entre ambos reinados. Un largo periodo de luchas tiñó de sangre y hambrunas el territorio de Tibur —relató Harald, y los jóvenes se conmovían con la historia, no todos conocían esos detalles del pasado.

»El resto ya lo saben, los dioses furiosos lanzaron un hechizo sobre el bosque para acabar con los enfrentamientos. Pero a pesar de ello, las luchas no cesaron, aunque fueron más aisladas, ya que la única vía de conexión entre ambos reinos fue el lago de los dioses. Esto le permitió al Reinado del Sur establecer una mejor defensa. Así surgió la guardia real, la caballería mejor entrenada, con la misión de custodiar sus orillas. Desde ese entonces, pertenecer a este grupo de elite se convirtió en un gran honor para los hombres del sur. Grupo al que ustedes, jóvenes, pueden llegar a pertenecer —concluyó, extenuado. Se tomó un momento para recuperar el aliento y continuó—. En este reto les pedimos que nos demuestren que tienen las cualidades para formar parte de la guardia real.

»Todo aspirante debe probar que posee los tres atributos reales que definen a un guerrero: valentía, destreza y lealtad —expresó solemnemente—. Existen dos tipos de hombres: los valientes y los cobardes. Cualquier cualidad puede adquirirse durante el camino, pero no la valentía, es un don con el que se nace.

»Hace falta mucho coraje para entregar la vida en defensa de un pueblo, no todos tienen ese fuego interno. Ustedes deberán tener esa fuerza, y lo mediremos en la primera prueba. Evaluaremos esa condición llevándolos al límite de sus capacidades, y aquel que flaquee no será digno de pertenecer. Para superarla, deberán enfrentar a sus propios miedos —el anciano estaba cada vez más agitado. El discurso lo motivaba, pero lo dejaba sin oxígeno. Al ver que Harald necesitaba una pausa, Sigurd tomó la palabra nuevamente.

—Como dijo Harald, el primer paso del reto final pondrá a prueba la valentía de cada uno de ustedes. Hoy nos enfocaremos en esta prueba, y sólo cuando haya sido superada les explicaré más del resto. No será sencillo, es un desafío inédito y peligroso, pero confío en que lo lograrán —lanzó cada palabra entre los rostros confundidos de los aspirantes. Tras extender unos segundos más el marco de incertidumbre, finalmente fue al grano—. Deberán ingresar al Bosque Encantado —dijo, e inmediatamente se desató el murmullo entre los jóvenes—. Llegarán hasta el búnker abandonado, tomarán uno de los estandartes del salón principal, y lo traerán como prueba de haber alcanzado el objetivo.

—¡Es una misión suicida! —exclamó sorprendido uno de los aspirantes.

—Toda misión de un guerrero es peligrosa, si le tienes miedo a la muerte elegiste el camino equivocado —respondió Sigurd con temperamento.

—No se trata de valentía. ¿Ustedes quieren un batallón de guerreros o de cadáveres? —retrucó el muchacho enfadado.

—¡Eres un insolente! ¿Cómo te atreves a hablarle de esa forma a un superior? Creo que tus días en la guardia real han terminado —respondió el guerrero, desencajado. Por su parte, Harald meneaba la cabeza, repudiando la reacción del recluta. El clima se tornó incomodo, y tras unos segundos de silencio, el joven reaccionó.

—Señor, discúlpeme por haberme excedido —pronunció con la voz entrecortada—. De todos modos, si el reto nos exige ingresar al Bosque Encantado, yo prefiero renunciar en este momento.

—Le deseo suerte en su nueva vida de cobarde, tal vez consiga un buen trabajo como lustrabotas —dijo Sigurd con severidad, haciendo un gesto para que el muchacho se retirara.

El aspirante dio media vuelta y se marchó con la cabeza gacha y sin pronunciar palabra. Antes de que la situación se volviera más hostil, el anciano tomó la palabra tratando de apaciguar el malestar.

—Jóvenes, sé que no es una prueba sencilla. Las leyendas dicen que nadie ha podido sobrevivir al Bosque Encantado, pero no todas las historias que se oyen son reales. Los dioses han maldecido ese lugar para que los cobardes no se atrevieran a pisarlo jamás. Pero los valientes siempre han sido recompensados por ellos, estoy seguro que si ustedes tienen el don de la valentía podrán superar el desafío. Aquel sitio nos pone cara a cara con nuestros propios miedos, es virtud de un guerrero enfrentarlos y no quebrarse. Confío en que podrán hacerlo —finalizó Harald, devolviendo algo de serenidad.

—Muchachos, no se trata de arriesgar sus vidas inútilmente —retomó la palabra Sigurd, con voz más conciliadora—. Tenemos motivos para considerar la posibilidad de adentrarnos en el bosque en una misión oficial de la guardia real. Y es necesario tener información sobre el campo de batalla primero.

»Llevamos años sin tener contacto con el Reinado del Oeste, la restricción del bosque nos mantuvo marginados de nuestros compatriotas y no sabemos si necesitan nuestra ayuda. No podemos esperar más, debemos atravesar la zona maldita para llegar a las tierras altas y brindar nuestro apoyo —exclamó con dramatismo—. Lo que están a punto de hacer, no se trata de una mera prueba de ingreso, también es un servicio a la guardia real, su primer acto heroico. Ustedes nos dirán cómo es ese enemigo que se esconde en la oscuridad y desconocemos, que no lleva armadura como las nuestras, pero que sin duda se podrá enfrentar y vencer como a cualquier otro —terminó su explicación algo nervioso.

No le había resultado sencillo transmitirle al grupo la noticia. Sigurd no estaba de acuerdo en exponer a los reclutas, prácticamente unos novatos, a tal peligro, pero la decisión no había sido suya. Las autoridades de la guardia real lo habían definido de ese modo y él no había podido oponerse.

La jornada concluyó con un clima enrarecido. Los reclutas no estaban conformes con las pautas definidas para la primera prueba. Por su parte, Eros necesitaba mayor información sobre el Bosque Encantado, debía enfrentar un escenario desconocido, y eso le generaba la misma incertidumbre que a todos sus compañeros. Recordó los comentarios de Bjorn la tarde anterior, luego del último entrenamiento. Antes de que se dispersaran los presentes, el joven se acercó al viejo armero para indagar un poco más sobre el tema.

—Discúlpeme, ¿puedo hablar con usted? —dijo Eros, dirigiéndose a Bjorn, quien ya estaba alejándose del grupo.

—¿Qué ocurre? Ya lo escuchó al maestro, la reunión terminó —respondió, con pocas ganas de continuar el diálogo.

—Quisiera retomar la charla del otro día, sobre el Bosque Encantado, señor.

—No hay mucho más que hablar, es un lugar peligroso, ya no tengo más nada que pueda decir —expresó, sin detenerse, incómodo. Al igual que Sigurd, repudiaba lo establecido para la primera prueba, pero no podía demostrarlo.

—Ya sé que es peligroso, pero necesito más información. ¿Conoce alguien que lo haya intentado? ¿Qué hay ahí adentro? —indagó, con mayor insistencia.

Bjorn detuvo su marcha, y lo observó seriamente. Vaciló un instante, y le hizo un gesto para que lo siguiera. Ambos avanzaron algunos pasos y se alejaron de los demás. Al ganar un poco de privacidad, el viejo se sintió más seguro.

—Las historias que dan vueltas, no son más que cuentos y mitos —comenzó Bjorn—. Los que realmente se atrevieron a ingresar a ese lugar no volvieron, así que se sabe muy poco al respecto. Sólo hubo una excepción, un guerrero llamado Igor. Fue capaz de salir con vida de ese sitio, pero tampoco fue algo bueno.

—¿Qué le sucedió? Sin rodeos, cuéntamelo, por favor. Prefiero saber a qué me enfrentaré —insistió Eros.

—Ese guerrero era una verdadera bestia, no le temía a nada. En el campo de batalla había eliminado más enemigos, que cualquier otro soldado. Quienes lo conocían, decían que realmente disfrutaba destrozar a sus oponentes.

»Las leyendas populares dicen que el Bosque Encantado te enfrenta con tus propios miedos, y sólo sobrevivirá quien pueda superarlos. Igor no tenía miedos, era el guerrero más valiente jamás visto, sin dudas, resultaba el candidato ideal para ingresar a ese maldito lugar. Fue así, que se ofreció para hacer una misión de exploración. Se internó en el bosque, y permaneció allí por varios días. Llegó un punto en que la espera se alargó y que todos lo dieron por muerto. Pero, una noche volvió. Se hizo presente en la taberna del pueblo y fue recibido como un héroe. Todos querían abrazarlo y escuchar sus historias, pero él ya no era el mismo. Su furia y sed de sangre se habían enardecido, ese hombre había enloquecido. Sin ningún tipo de señal que los alertara de lo que iba a pasar, Igor empuñó su espada y comenzó a atacar a los presentes, con la misma saña con que lo hacía con sus enemigos. Ya no distinguía la batalla de lo cotidiano, sólo pensaba en matar. El desastre fue terrible, hubieron muertos y muchos heridos de la locura que había hecho presa de Igor. Cuando finalmente llegaron los guardias e intentaron detenerlo, él huyó y se refugió en el Bosque Encantado y nunca más nadie tuvo noticias de él —concluyó Bjorn, y el joven se quedó sin palabras. Cuanto más indagaba sobre el tema, más siniestro le parecía aquel lugar.

—Eso es todo lo que sé. No tengo nada más que contarte. Ahora por favor déjame marchar —dijo el viejo, dio media vuelta, y lo dejó a Eros sólo con sus pensamientos.

5

*Algunos días atrás…*

En los pasillos subterráneos del castillo se hallaba instalada la prisión más sombría de todo el territorio de Tibur. Allí, la oscuridad y la humedad se impregnaban en los muros de las mazmorras, montando un escenario tétrico y deprimente. En esa cueva de penurias, donde hasta los demonios huían, permanecían encerrados los individuos más peligrosos y odiados del reino, tales como violadores, asesinos, prisioneros de guerra y desertores.

En el último calabozo, donde la luz apenas asomaba durante el día, se encontraba recluido el comandante Kol, un estratega del ejército del Norte, quien cargaba en sus manos la sangre de miles de soldados sureños, asesinados en los campos de batalla. Había sido capturado poco tiempo atrás por la guardia real en un duro enfrentamiento. Si no fuera porque su reclusión se sostenía como futura carta de negociación con los enemigos del norte, hubiera sido ejecutado en una plaza pública inmediatamente tras su captura.

El militar, quien se había mantenido en absoluto silencio desde su encierro, repentinamente, decidió romper el mutismo. Con un tazón de madera comenzó a dar golpes contra los barrotes de la puerta de su celda para llamar la atención. Antes de ser reprimido por el guardia, suplicó por una entrevista con el rey, argumentando poseer información sumamente importante, que estaba dispuesto a negociar a cambio de una mejora en sus condiciones de vida.

El centinela de turno llevó la inesperada solicitud a su superior, y este decidió informar la propuesta a su majestad. A los pocos minutos, el comandante fue presentado cara a cara con el rey Gregor, en el salón principal. Sus extremidades estaban amarradas con cadenas, y dos soldados lo vigilaban de cerca, de manera que no le fuera posible escapar ni atacar a su soberano.

—Rey Gregor, agradezco su amabilidad —expresó haciendo una reverencia con la poca movilidad de la que disponía.

—Sólo hay una cosa que odio más que perder el tiempo: la injusticia —dijo con tono áspero—. Y su reino ha sido muy injusto con nuestro pueblo desde hace más tiempo del que puedo contar. Así que, al menos, valore mi tiempo, ¿qué tiene pare decir? —exigió, elevando la voz—.

—Seré breve y directo. El reinado del Norte planea atacar a la fortaleza del Oeste, esta vez no será un saqueo, sino una invasión definitiva —dijo algo dubitativo, hizo una pausa, y continuó con más firmeza—. Si quieren los detalles, les pediré algunas mejoras en mi situación de confinamiento.

—Dime lo que tengas para decir, y luego yo decidiré qué hacer contigo. Tú no estás en condiciones de pedir nada —respondió inmediatamente, exacerbado.

—No tengo nada que perder, no hablaré si no me prometen mejoras —replicó sin sentirse intimidado por el rey.

—¡Yo no negocio con asesinos! Lleven a esta basura a su chiquero —exclamó golpeando su cetro contra el piso.

Los guardias llevaron al prisionero a su celda nuevamente.

Durante las guerras previas al Día del Juicio, el Reinado del Sur mantenía una alianza con el Reinado del Oeste, ubicado en las Tierras Altas, al otro lado del bosque. Ambos reinos integraban un solo imperio que se defendía de los ataques del Norte. Pero tras la maldición de los dioses, las rutas quedaron abnegadas y los pueblos permanecieron completamente incomunicados.

Sin embargo, la revelación del comandante prisionero, despertó la alerta en la cúpula del rey Gregor. Ante la presunta invasión, el monarca delegó su preocupación a los altos mandos de la guardia real. Inmediatamente, comenzaron a planificar una misión de apoyo para respaldar al ejercito del Oeste. Pero antes de abordar la amenaza que representaba el ataque del Norte, había un obstáculo, no menos importante por superar: el Bosque Encantado.

Para llegar a las Tierras Altas, era inevitable atravesar el bosque, pero la falta de conocimiento sobre los peligros que acechaban en ese territorio comprometían el objetivo final. No querían arriesgar a los mejores hombres de la guardia real en una odisea frente a un enemigo que se desconocía por completo. Aún así, era imperioso ejecutar una misión de exploración que ofreciera información al respecto lo antes posible.

Finalmente, las autoridades militares decidieron conformar un escuadrón de reconocimiento reuniendo a los hombres más prescindibles de la fuerza. Los reclutas de la guardia real daban con el perfil adecuado, apenas eran aprendices. En consecuencia, la valentía de los estos futuros guerreros sería determinante para los planes del reino.